

SIMEÓN

EL ANCIANO DEL TEMPLO

HISTORIA DE UN HOMBRE JUSTO



Rafael Dolader

Simeón es una figura del evangelio que aparece en el relato de la presentación del niño Jesús en el Templo. Lo cuenta el evangelista San Lucas en el capítulo 2 de su evangelio (22-40):

“Cuando llegó el tiempo de la purificación, según la ley de Moisés, los padres de Jesús lo llevaron a Jerusalén, para presentarlo al Señor, de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor: «Todo primogénito varón será consagrado al Señor», y para entregar la oblación, como dice la ley del Señor: «un par de tórtolas o dos pichones.»

Había por entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón. Este hombre, justo y temeroso de Dios, esperaba la consolación de Israel, y el Espíritu Santo estaba en él. Había recibido la revelación del Espíritu Santo de que no moriría antes de ver al Cristo del Señor. Así, vino al Templo movido por el Espíritu. Y al entrar los padres con el niño Jesús, para cumplir lo que prescribía la Ley sobre él, lo tomó en sus brazos y bendijo a Dios diciendo:

*Ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo
irse en paz,
según tu palabra:
porque mis ojos han visto
tu salvación,
la que has preparado
ante la faz de todos los pueblos:
luz para iluminar a los gentiles
y gloria de tu pueblo Israel.*

Su padre y su madre estaban admirados por las cosas que se decían de él.

Simeón los bendijo y le dijo a María, su madre:

Mira, éste ha sido puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel, y para signo de contradicción —y a tu misma alma la traspasará una espada—, a fin de que se descubran los pensamientos de muchos corazones.

Y, cuando cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño iba creciendo y robusteciéndose, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios lo acompañaba.”

Agradecimientos:

La historia de Simeón que a continuación se relata, está inspirada en el capítulo 14 del libro “El belén que puso Dios” escrito por D. Enrique Monasterio.

A D. Enrique va mi agradecimiento por su maestría en meterse entre los personajes del evangelio y contarnos esas historias tan preciosas.

Y también por el permiso concedido para difundir el relato que he ampliado; por cualquier medio y que llegue a muchas personas, “a cuántas más, mejor” me dijo.

SIMEÓN
EL ANCIANO DEL TEMPLO
HISTORIA DE UN HOMBRE JUSTO

Simeón nació hacia el año 70 antes de Cristo. A los 10 años era un chaval despierto, espabilado, bondadoso. De piel morena, pelo negro rizado y revuelto, ojos castaños y sonrisa amplia. Jugaba siempre con su hermana Raquel, dos años mayor, y su prima Salomé, de la misma edad. Le gustaba contemplar las estrellas; su padre le enseñó a distinguirlas y orientarse con ellas.

Aquella noche sin luna, las estrellas brillaban con más fuerza, se distinguían muy bien unas de otras. Se tumbó bajo la higuera, emocionado con el espectáculo que se le ofrecía; le llamó la atención una pequeña que parpadeaba, no la tenía situada hasta ahora; incluso le pareció que se movía. Clavó la mirada en ella y se asustó; era cierto, no solo se movía, sino que se le acercaba sin aumentar de tamaño. Fue todo muy rápido y ¡zas!, Simeón se echó la mano a la cara, pero la estrella ya estaba dentro. Se frotó los ojos y no hubo forma, estaba en su interior, plateada y con cola.

A la mañana despertó alegre y temeroso, consciente de que aquello marcaría su vida en adelante. Fue al encuentro de su madre que estaba con las gallinas, recogiendo los huevos.

- *Mamá, se me ha metido una estrella en el ojo.*
- *¡Qué dices Simeón! No confundas una mota de polvo con una estrella, vaya imaginación que tienes.*
- *Que sí mamá, que es una estrella. Anoche cuando estaba viendo el cielo antes de ir a dormir, fue muy rápido y se metió sin hacer daño. Me brilla dentro, mira el fondo de los ojos.*
- *¡Ahí va, pues es verdad! ¿te duele?*
- *No mamá.*
- *Pues venga, no hagas caso que se irá como ha venido.*

Su hermana Raquel también quiso comprobarlo y se emocionó. Salió corriendo en busca de su prima ¡a Simeón se le ha metido

una estrella en el ojo! Salomé tardó un instante en plantarse delante a curiosear los ojos de Simeón que, a decir verdad, le gustaba hacerlo con y sin estrella.

Desde aquel momento, Simeón añadió otras inquietudes a sus ganas de jugar y de aprender. En la escuela se lo notaron enseguida; todos sabían lo de la estrella, aunque a él no le gustaba hablar del suceso. La escuela estaba bajo la higuera; sentados sobre una piedra, recibían las enseñanzas y repasaban la Ley. Aquel día hablaron de las profesiones y el rabino les preguntó:

- Juan ¿qué quieres ser de mayor?
- Pastor como mi padre; yo carpintero; yo herrero.
- ¿y tú Simeón?
- *Yo ... quiero ver al Mesías.*

Se hizo el silencio, no era la primera vez que Simeón respondía estas ocurrencias. Al poco, uno de los compañeros comentó bajito ¡toma, y yo! Y luego otro, y otro hasta que explotó la carcajada general y la clase quedó alborotada.

- ¿por qué dices eso Simeón? Le preguntó el profesor, que se lo tomaba en serio.
- *No sé Rabí, debe ser cosa de la estrella.*

Al cumplir la edad, Simeón dejó la escuela; su padre lo envió con un primo segundo que era comerciante y recorría las rutas del mar al interior. Con él tuvo la oportunidad de conocer el mundo de las telas y especias, aprendió a negociar; destacó por su carácter social, abierto y conciliador. Entre viaje y viaje, pasaba temporadas en el pueblo y se enamoró de Susana. Decidieron contraer matrimonio y se independizó de su tío. Iniciaron nuevas rutas por su cuenta; los dos valían para el negocio y así pasaban todo el día juntos. Llegó el primer hijo; cuando salían de viaje lo dejaban con los padres de Simeón. Con el segundo hijo, los viajes se hicieron más complicados y cambiaron de estrategia. Decidieron abrir comercio en Jerusalén; así, ella se quedaría con los niños y atendería la tienda. Él continuó viajando, pero procuraba pasar más tiempo en casa para ayudar a Susana con los cuatro hijos que Yahvé les había bendecido.

A los setenta años, aunque mayores, todavía les acompañaban las fuerzas y ganas para seguir con el trabajo. Simeón conocía los caminos de Palestina como la palma de la mano. Tenía amigos en todos los puntos de la ruta, en cada pueblo la gente le esperaba con sus productos. Bueno y piadoso, hacía muchos favores; todos le querían y le pedían que continuara un poco más.

Aquella vez la caravana se le hacía un poco más pesada; hasta tal punto que consideraba si ya habría llegado el momento de jubilarse. Al pasar por Nazaret, se incorporó una muchacha joven montada en un borrico. No le pasaron desapercibidos ninguno de los dos; ella por su sonrisa y el asno por su frescura.

- *¿Viajas sola?*

Y la conversación surgió amable y cariñosa; al poco ya sabía que se llamaba María, que iba a Judá a visitar a su prima Isabel, que estaba en cinta y pronto daría a luz un niño. El resto del camino lo hicieron juntos. Simeón acogió a María entre su gente; todos quedaron prendados de aquella joven. Durante el trayecto siguieron hablando, tenían muchas inquietudes en común. Simeón le contó lo de la estrella y su ilusión de ver al Mesías. Ella le confió que se consideraba la esclava del Señor.

Llegados a Judá, la caravana continuaba. La despedida fue como la de un padre y una hija, tal era el cariño que les unió en tan poco tiempo.

- *María, te voy a pedir un favor. Reza para que el Señor me conceda el favor de ver al Mesías antes de morir.*
- Simeón, lo haré y espero pasar un día por Jerusalén para conocer a Susana y a tu familia.

Al cabo de unas semanas Simeón estaba en casa, descansando del viaje y haciendo planes con Susana. Llevaban un tiempo considerando la posibilidad de traspasar el negocio; se resistían por temor a no saber qué hacer ¡toda la vida trabajando! Estaban contentos porque tenían suficiente para pasar el resto de sus vidas, la familia era grande, estaban unidos y se apoyaban unos a otros. Simeón confiaba todos sus pensamientos a Susana, ella le apoyaba en sus inquietudes, se tomaba en serio lo de la estrella, por más

que fuera un suceso extraordinario que a veces provocaba risas entre los amigos.

Una de aquellas tardes, sentado en una silla baja a la puerta del comercio, se le acercó un tipo alto, bien plantado; Simeón ¿puedo hablar a solas contigo? Pasaron al interior,

- *¿Y tú quién eres?*
- Soy Gabriel Arcángel, que sirvo delante de tu Señor. Hace unos días acogiste en la caravana a una joven llamada María, la Llena de Gracia, que será madre del Mesías ¡qué cerca lo has tenido! Aquél juego que empezó con la estrella, va en serio. Te has empeñado en ver al Mesías y María ha conseguido mucho más: lo tendrás en tus brazos. Ella no podía decirte nada; nada más llegar a casa de su prima empezó a pedir que te concediéramos ese favor y en el cielo nadie le va a negar nada a la Reina de los Ángeles. Dentro de unos meses dará a luz, hacia el 25 de diciembre. Cuando vayan a presentarlo al templo, tendrás la oportunidad que tanto has pedido.

Desde aquél día, Simeón vivía emocionado pensando en el momento que Gabriel les anunció. Susana compartía la misma emoción; cerraron el negocio y los dos iban con frecuencia al templo, esperando el encuentro. Simeón empezó a usar bastón los días que no tenía la compañía de Susana para andar por las calles estrechas, repletas de gente.

El atrio del Templo era un jaleo continuo, se mezclaban las voces de los mercaderes, de los mendigos, de los amigos al encontrarse, del ganado que reclamaba la comida.

- ¡Simeón, Simeón!

Miró a un lado y otro, no sabía de dónde le llamaban

- ¡Simeón!

Sí, ya la había visto, levantó los brazos de júbilo, salió corriendo a su encuentro, perdió el bastón, tropezó y a punto estuvo de caer si no fuera por aquel mozo apuesto que acompañaba a María y le sostuvo con fuerza.

- *¡María, qué alegría!*

- Simeón ¿cómo estás? Mira, José es mi marido y éste pequeño es Jesús, el que tú querías ver desde que la estrella se metió en tu vida. Tómallo.

Y Simeón extendió los brazos temblorosos que recibieron al Mesías esperado; los ojos se le nublaron de lágrimas, no distinguía que aquella criatura le sonreía, que María y José se miraban felices y le agradecían lo que hizo en la caravana cuando ella fue a ver a su prima.

Simeón se serenó, dejó un beso en la frente del niño, levantó los ojos al cielo, alzó con fuerza el tesoro que acogía en sus brazos y entonó un cántico:

- *Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz, porque mis ojos han visto a tu Salvador...*

María y José hicieron la presentación del Niño y, a la salida, fueron con Simeón a conocer a Susana. Se quedaron a comer y también a dormir, la casa era grande y estaban a gusto. Los hijos y nietos de Simeón vinieron a conocer a María, de quien tanto les había hablado su padre. El niño se portó de maravilla, fue el centro de todas las miradas, de todos los comentarios. José estaba muy pendiente de María, todavía se tenía que recuperar del parto y de la caminata hasta el templo; no conseguía que estuviera reposada, siempre atenta a servir y ayudar a Susana.

A la mañana, con la fresca, José cargó las alforjas con las frutas, verduras y dulces que Susana les preparó durante la noche. El niño dormía en los brazos de María, sentada sobre el burro. Y se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret.

Simeón y Susana, cogidos de la mano, les vieron alejarse mientras rezaban en voz alta, dando gracias a Dios por la maravilla vivida al recibirlo en su casa.

2 de febrero de 2020

Rafael Dolader Sancho

rdolader@hotmail.com

www.vidaescuela.es

@rdolader